

¡OH, SANTO TIEMPO!

Qué gusto. Todos podemos abrir la boca. “Oh, sol naciente!” “¡Oh, Sabiduría!” “¡Oh, Rey de las naciones!...” La admiración es tan incontenible, que la Iglesia no se detiene hasta que llega la Navidad, recitando hermosas antífonas que no son sino exclamaciones de asombro.

Vive así la espera gozosa de tantas profecías que tendrán su cumplimiento con la venida del Salvador. “¡Oh, Enmanuel!” “¡Oh, Dios-con-nosotros!” Asombro profundísimo que nos arrebate, que nos saque del run-rún cotidiano. Y un corazón lleno de plenitud — como en una hermosa gravidez— hasta el momento de tener al Niño en nuestros brazos. Ése es el deseo de Déborah para todos en esta Navidad 2007.

Asombro también para nuestra vida, que, a la luz de Dios, es asombrosa. Asombro ante los hermanos, rostro bendito de Dios. Asombro por todo lo grande y pequeño que nos sobrepasa, haciéndonos sentir una alegría que nos hace volar.

Y asombro dulcísimo ante el alma de María en el instante justo de darnos a Dios. «No hay lengua que decir pueda, cual la Madre Virgen queda ni por qué linda vereda, lo parió», dice un viejo villancico de alta teología. Sabemos que, en medio de la noche, cuando el cielo bajó a la tierra, el silencio se hizo luz. Fue un silencio empapado del Espíritu mientras, algo apartado, José recitaba las profecías del Nacimiento.

En ese momento, al poner la Virgen bendita a Dios en el mundo, al quedarse vacía de El, debió sentir en el alma el desgarrón que producía la división de la sustancia. Tras nueve meses de ser custodia viva de Jesús, llegaba la separación. «Mujer, ¡qué nos va a ti y a mí?»

Paul Claudel, se inclina extasiado ante su dolor. «¡Oh, María, no haber dicho que sí! Ahora sabemos contigo lo que Dios exige de un alma que lo acoge. No es sólo amarlo, es dejarlo hacerse a expensas nuestras, es producirlo, traerlo al mundo, vaciarnos de El cuando llega la plenitud.»

Olvidando su vacío, la Virgen contempló arrobada «lo santo que debía nacer de Ella», según el Ángel. Y exclamó con asombro: «¡Oh, Señor, esto ha salido de Mí! ¡Este es mi hijo! ¡Es el Hijo de Dios! Es Dios que me pertenece, que puedo levantar en mis brazos.»

No cuesta pensar que fue ésa la primera misa, la primera elevación solemne entre las manos, de todas las misas que se dirán hasta el fin del mundo.

Un abrazo.

Déborah

